

muy penetrantes. Sin dejar de estudiar profundamente nuestros temas, trabajemos en este arte de encuadrar la verdad en frases hirientes, en expresiones penetrantes.

Escasamente hace un mes que me confesaba la profunda impresión producida por un libro, escrito por un monje trapense, sobre la oración. «Si pudiera lo traduciría ¡tanto me entusiasma! En él he encontrado la vivencia que produce este contacto con el Señor, llegando al convencimiento que nuestras obras no están suficientemente apoyadas en la oración. Rece, mossén, rece...» y seguía hablando y yo escuchando. «Ya ha llegado la hora de preparar mi partida. Solamente pido al Señor que me conceda la gracia de celebrar las bodas de plata de mi matrimonio —y poco más de dos semanas de celebrar sus bodas de plata— murió. Yo sé que estoy escribiendo el último capítulo del libro de mi vida. He procurado copiar lo mejor que he podido la virtud y la caballerosidad de mi buen padre. Quien haya podido conocer a don Pedro Gil Moreno de Mora de los años de 1933 al 1945, bien sabe la buena meta que se proponía. «Y me estoy dando cuenta que voy, incluso, a imitarle casi en el mismo cénit de su ocaso: él murió a los 53 años y yo estoy rozando los 54. Todo me da a entender que el Señor me está llamando.»

«En mis largas horas de soledad y reflexión he dado vueltas a mi pasado, a mi presente y a mi futuro definitivo. Como preparación más inmediata, el Señor me dio la ocasión de estar presente en la muerte de mi tía, la hermana Sor María del Carmen de la Cruz. Fue una lección que procuré profundizar. Dejaba esta vida quien, durante años y años, agotó sus energías por los barrios bajos de París para que, amando a los hermanos obreros, en la enfermedad y penalidades éstos amasen al Señor y a la Virgen en sus bondades y misericordias.»

RESUMEN DE LA HOMILIA DEL RDO. P. AGUSTIN ARREDONDO, S. I., EN LA MISA DEL DOMINGO 14 DE OCTUBRE

El mensaje de Dios al mundo en el presente domingo, a través de las lecturas litúrgicas, viene especialmente a propósito en la singular circunstancia que nos reúne a nosotros aquí.

Es, en primer lugar, Dios mismo quien confirma nuestra confianza en las ideas que estudiamos y divulgamos. «La palabra de Dios», aun en medio de tanta muerte y enfermedad ideológica, «es viva»; aun en medio de tanta esterilidad doctrinaria, «es eficaz» (Heb. IV, 12). Y palabra de Dios es lo que nosotros aquí cultivamos, puesto que las exigencias reclamadas por la humana naturaleza en la vida político-social, son reclamaciones del Autor de ella, Dios; y la mentalidad cristiana con que gracias al magisterio de la Iglesia abordamos este orden de ideas, también es palabra de Dios garantizada por ese magisterio. Al dar, pues, gracias a Dios por nuestra persistencia en este intento a lo largo ya de varios lustros, renovemos en torno al altar, en este último día de nuestra Reunión nacional, la fe y la confianza en Dios y en nuestra obra, que la Carta a los Hebreos nos invita a tener.

Por otra parte, si la eficacia de nuestra ideología está garantizada por Dios, es lograda en lo humano merced al atractivo que de por sí despierta en nuestras mentes. La verdad, sólo desagradable cuando se conoce a medias (la Verdad entera es el mismo Dios omnipotente), atrae por su belleza, tanto más cuanto más plenamente logremos poseerla. Bello es ya siempre hallar la verdad que nuestro entendimiento busca; y especialmente bella en nuestro caso la búsqueda y hallazgo de ese orden social con que se logre la tan ansiada paz y el hechizante bien común. No con solo el entendimiento, sino con todo el hombre que somos nosotros; captamos la verdad, gustándola irresistiblemente al poseerla, y amándola con todas sus consecuencias. Y eso es la Sabiduría, de quien la primera lectura oída dice que en comparación con ella se tuvo en nada la riqueza; que todos los bienes vivieron con ella, y que había en sus manos riquezas incontables (Sab. VII, 7-11).

Y también Jesucristo, según San Marcos, tiene su ponencia en esta Misa, hablándonos de lo que podíamos llamar «despropiedad», que paradójicamente es el reverso de la propiedad objeto de nuestra atención en este triduo, pero que como todo reverso, pertenece a su misma medalla. Por eso el Señor no condena la propiedad, ya que nos quiere hombres y libres, y para lograrlo ha querido que la propiedad sea medio necesario ordinario, y querida por El, consiguiéntemente. Eso no quita lo peligrosa que la propiedad es en la estima del Señor; y lo incómodo que tiene motivo para considerarse en la Iglesia el que de la abundancia de sus bienes se gloria (Mc. X, 23-30).

Claro es que si no es imposible salvarse con riquezas, la mayor probabilidad de conseguirlo la tendrán generalmente los cristianos que las estimen sólo como Cristo y sepan usarlas como es debido.

Y más aún los que por su excepcional capacidad sepan con más acierto emplearlas en grandes obras de gloria de Dios; tal es la virtud de la magnificencia alabada por Santo Tomás y aludida por Pío XI en la encíclica «*Quadragesimo anno*». Pero aun así podemos preguntarnos: ¿acaso vamos a encontrar alguien más cristiano que Cristo, o alguien capaz de mayor magnificencia de la que Cristo hubiera ejercitado? Pues más prefirió Cristo a pesar de todo la práctica de la pobreza que dejarnos el ejemplo de un santo comportamiento en la abundancia; como quiso en su vida sufrir la reticencia, la incompreensión y aun la envidia y el odio, El que como nadie habría sido capaz de arrancar la incondicional adhesión de cualquiera que le tratara.

La riqueza, cuando Dios quiere darla, es un carisma, que se ha de emplear en bien de todos. Pero aun entonces la actitud del rico debe ser como la del pobre: como la de Jesucristo. Y así, más inclinado debe vivir a la pobreza que a la riqueza que posee; y vivir resuelto a contentarse con lo menos posible por lo que toca al trato de su persona. Debe buscar su alegre paz no en el uso y consuelo de esos bienes, cuanto en contenerse frente a su balago y sólo disfrutarlos moderadamente. Eso es lo que significa etimológicamente estar contento: estar contenido.

Palabra de Dios, sabiduría, concepto cristiano de los bienes de acá: potencia decisiva del Eterno sobre la propiedad, la vida humana y la libertad, que es el trío de valores que nos ha ocupado en esta Reunión de Valladolid. Ante el altar oímos su enseñanza, ofrecemos nuestro empeño, y nos alimentamos de ese pan y ese vino a que nos invita la Sabiduría en la mesa que ha preparado para nosotros, cuyo manjar es Ella misma (Prov. IX, 1 y sigs.); de la cual esperamos gocen ya plenamente los que trabajaron junto a nosotros y partieron a mejor vida: José Gil Moreno de Mora y Mercedes Semprún especialmente, llamados por Dios de entre nosotros en los últimos meses. Para ellos y para nosotros pedimos que el valor infinito de este sacrificio de Cristo retorne en abundancia de bendiciones.